

*Yo estoy a la orilla de la noche,
frente a las ojeras de la muerte.*

escribe en una de sus más hondas realizaciones líricas. Ya, en un ensayo, analicé yo este sentido de la muerte que recorre como un sobresalto la literatura de hoy. Este sentido que ha llegado a convertirse en un clima. Y Carlos Martín no podía evadirse a su influjo.

TOMAS VARGAS OSORIO

José Llóreda Camacho y la «Revista del Rosario»

En 1933 nos afiliamos a esta Revista. Administrábala entonces Antonio Moreno Mosquera, amigo generoso que nos regaló con el encargo de sucesivos relatos sobre la vida rosarista. Por aquel tiempo, la Revista del Rosario era un folleto íntimo, cargado sí de lectura selectísima pero ajeno a toda circulación y extraño de veras a los atractivos externos de una publicación moderna; la Revista del Rosario era un cuaderno de familia con apariencias modestísimas que la imprenta "La Luz" le concedía cada tercer mes. De ella, el aviso estaba terminantemente excluido y el servicio de suscripciones y de agencias, más que problemático, era inconcebible. Así había venido ella desde su fundación, así la habían recibido generaciones sucesivas de estudiantes, — los lectores menos asiduos y casi únicos de sus páginas—, y así, con gran pesar y amplios deseos de mejoramiento, lo contemplaba nuestro Señor Rector y el administrador fidelísimo.

Al abandonar Moreno los claustros, entró a reemplazarlo en sus limitadas faenas Tomás Lombo. Brillante inteligencia, corazón magnífico el suyo, pero de temperamento repo-

sado y ajeno a la búsqueda de la colaboración y del anuncio, Tomás, si lo quiso, careció de arrestos para reformar la Revista y, reconociéndose mayores afectos y más crecida actividad para un papel silencioso como el que tan diestramente desempeña hoy en la Biblioteca del Colegio, vio llegar, complacido, el final de su encargo.

Y advino en seguida José Lloreda Camacho. Mozo inquieto, audaz y terco en extremo, su entrada a la Revista anunciaba, desde luégo, progreso, innovaciones y hasta atropello a la publicación que venía en uso. Empezó por romper los moldes caseros que la Revista traía, y dióle aspecto de actualidad. El comercio halló campo en sus páginas y la vitrina del librero se aprestó a recibirla: para la Revista del Rosario se abrió la etapa de la circulación. Conoció ella entonces la maravilla del linotipo y, con presentación de lujo, la "Editorial Centro" le alcanzó rango de Revista mayor.

Sería injusticia desconocer en Lloreda y para la Revista del Rosario, su título de renovador. Por eso, nosotros, los que tan de cerca asistíamos a sus esfuerzos y desvelos, hemos de adelantarle hoy cumplimientos y aplausos, hoy cuando abandona su obra para entregarse a merecidos honores que la inteligencia le conquistó y la fortuna le deparó.

A. D.